

KOLDO ALDAI

MUDA CANCIÓN DE CUNA

EL ABORTO A LA LUZ DEL ALMA



no**os**
EDITORIAL

Imágenes de portada y contraportada muy gentilmente cedidas por nuestra amiga Dora Gil

Óleos de la serie “Mujer y Maternidad”.

Más sobre su obra en la web más abajo indicada.

“Dora Gil es una artista nutricia. Su obra ofrece un alimento a la sensibilidad humana, al fondo luminoso de cada uno. Sus creaciones actúan como mensajeros silenciosos, que encuentran un eco interno en los que las contemplan, haciendo aflorar sensaciones y sentimientos íntimos; son una oportunidad para dar paso a la serenidad, la armonía y la paz.

La temática de su obra se centra en los valores internos del ser humano y en su relación con la Naturaleza. En este sentido es de gran importancia el valor de la luz y de los colores puros, como medio de manifestación de las cualidades internas del ser humano y como lazo de unión con el principio creador. La mujer, como símbolo y expresión del principio cósmico femenino, y el seno materno, como manantial de posibilidades para el nacimiento de una humanidad nueva, son ideas a las que ha dedicado gran parte de su producción.”

WWW.DORAGIL.COM

ÍNDICE

PRÓLOGO DE VICENTE MERLO	13
INTRODUCCIÓN	21
CAPÍTULO I. TRAS LA MIRADA DE ARRIBA	27
CAPÍTULO II. FUIMOS SEMILLA.....	33
CAPÍTULO III. MOTIVOS PARA LA MUDA CANCIÓN	45
CAPÍTULO IV. RESUENE MAÑANA ESA CANCIÓN	55
CAPÍTULO V. EN PRIMERA PERSONA.....	67
CAPÍTULO VI. SEXUALIDAD SAGRADA	73
CAPÍTULO VII. ACERCAMIENTO AL MISTERIO DE LA VIDA	85
CAPÍTULO VIII. VOLVER A NACER.....	111
CAPÍTULO IX. CONSECUENCIAS KÁRMICAS DEL ABORTO VOLUNTARIO	125
CAPÍTULO X. “PERDONAOS”	135
CAPÍTULO XI. A MODO DE SUGERENCIA	147
EPÍLOGO	151
APÉNDICE	157
BIBLIOGRAFÍA	167

“Tener un hijo termina con tu ego. No te lo puedes permitir. El niño no sobrevivirá si no renuncias a ser egocéntrico. Tienes que estar ahí desinteresadamente para él. Por eso tener un hijo es un regalo increíble. Porque termina con la idea de que tú eres el centro del universo.”

Richard Gere

“Sólo es una página del cuaderno que ha sido arrancada y que habrá que volver a escribir de otra manera”.

Daniel Meurois Givaudan

Por aquel ser al que impedimos su ingreso en la tierra, para que pueda encarnar y desarrollarse en este planeta maravilloso.



PRÓLOGO

UNA “CANCIÓN DE CUNA” PARA
MANTERNOS DESPIERTOS

Hacía tiempo que el nombre de Koldo Aldai sonaba en mis oídos con frecuencia. No nos conocíamos personalmente. Sé que tenemos amigos comunes. Y mis asociaciones, casi inconscientes, lo situaban en el movimiento Nueva Era, quizás en el Esoterismo contemporáneo, acaso más concretamente en la Escuela Arcana, o al menos en la obra de A. Bailey, pero eran suposiciones inciertas. Hace muy pocos días, probablemente ya en el nuevo año 2014, algunos de esos cruces que se producen en Facebook me llevaron a solicitarle amistad. Pronto me llamó la atención un artículo suyo sobre el aborto. Se acaba de aprobar la polémica “ley del aborto de Gallardón” sobre dicha cuestión. Lo leí con fruición y pronto percibí que su enfoque parecía similar al que yo tenía en mente. Afortunadamente, Koldo, en su generosidad, se ofrecía a enviar el “manuscrito” por mail. Se lo pedí. Me lo mandó. Lo leí de manera tan rápida como atenta. Y me gustaría compartir mis primeras reacciones ante su lectura.

La concepción del ser humano que hay detrás de sus palabras es muy similar a la mía. Descubría que com-

partíamos lecturas e influencias abundantes. De manera especial, entre las que él cita y las que a mí me han marcado, la de A. Bailey, la de Vicente Beltrán Anglada y la de Daniel Meurois. Buena parte de las otras citas y referencias también me resultaban conocidas, sobre todo las de Omraam Mikhael Aivanhov y de Max Heindel. Pero, sobre todo, más allá de tales referencias, fue su tono entusiasmado y el equilibrio que mostraba entre el respeto y la veneración hacia toda vida, y especialmente hacia la vida del “nasciturus”, por una parte, y la inalienable libertad de la persona, especialmente de la mujer embarazada, para elegir el destino de su vida y del alma dispuesta a encarnar en ese cuerpo en formación, lo que más me llamó la atención y lo que despertaba mi acuerdo.

Me impresionó su “confesión” pública de su experiencia personal con la cuestión del aborto. Se iba insinuando, en los primeros capítulos, hasta que quedaba de manifiesto aquello que desde el comienzo se sospechaba, así como el “sentimiento de culpa” y el “remordimiento” que ese “pecado de juventud” le había acarreado. Pronto sentí el texto recorrido por dos corrientes de fuerza muy distintas. La una, se me antojaba estimulante y positiva. Ese acto del pasado, hoy a su entender condenable, daba fuerza al texto, había impulsado su elaboración y otorgaba la nota afectiva que sustentaba, como urdimbre básica, el sentimiento que rezuma el libro. La otra, a medida que iban pasando los capítulos, comencé a sentirla como una carga pesada, demasiado pesada; justamente, el mismo sentimiento de culpa y el mismo remordimiento, que había espoleado a Koldo para escribir este texto cargado

de fuerza, comenzaban a parecerme excesivos. Y eso iba marcando cada vez más la tonalidad y el colorido de sus palabras, cargadas de fuerza anímica, pero pasadas por el tamiz de ese sentimiento profundo.

No es sino ya casi a mitad del libro cuando la “antropología esotérica” que subyace a su pensamiento, la imagen del ser humano que le lleva a defender la postura que tan ardientemente defiende, comienza a articularse. Algunas citas importantes de los autores mencionados y su adecuada puesta en el marco que les da sentido termina ofreciendo el esquema general que confiere significado a su postura. En el texto, Koldo cuenta sus dificultades en hallar libros introductorios a la visión esotérica que ahora él resume, dificultad que también hemos compartido. Y ahora él logra ofrecer una de esas introducciones, asequibles a todo el mundo, como marco general para comprender su postura ante el aborto.

En pocas palabras, como es propio de una concepción espiritual y esotérica del ser humano y de la realidad, se trata de reconocer que el ser humano no es solo este cuerpo que habitamos, sino también y de manera más esencial, el alma que lo habita, el Yo profundo cuyo hogar no es sino el mundo del espíritu. Alma espiritual que nace, muere y vuelve a renacer, pues el renacimiento, la reencarnación, es una de las ideas compartidas por la casi totalidad de enseñanzas esotéricas contemporáneas. Y junto a esa visión del ser humano, con sus múltiples existencias encarnadas, regidas por la ley del karma, la existencia de Maestros y Maestras de Amor y Sabiduría,

de Guías que nos ayudan a programar nuestra próxima existencia, de verdaderos sabios que pueden ofrecernos su visión iluminada de la realidad, de los procesos invisibles que tienen lugar, como el paso de la vida (encarnada) a la muerte (que no es sino el tránsito del alma a una vida desencarnada) y de ésta a una nueva vida, para seguir tejiendo los ropajes de luz que nos irán acompañando en nuestro largo peregrinaje evolutivo.

En ese horizonte de comprensión, ¿cómo no apreciar el momento en que un alma se dispone a entrar en una nueva encarnación! ¿cómo considerar la interrupción voluntaria del embarazo un acto insignificante, como si se tratase de extirpar un apéndice corporal sin vida ni conciencia propia? No. Una visión así de las cosas conduce necesariamente a un respeto muy grande hacia todo proceso de la vida. Y Koldo hace bien en ampliar el horizonte del respeto a la vida a sus múltiples manifestaciones. Ahora bien ¿significa esto una condena moral radical, de máxima gravedad y la propuesta de una penalización legal del aborto? ¿Cómo articular la dimensión moral de este asunto con las medidas legales a tomar ante el mismo? Es aquí donde suscribo plenamente la postura de Koldo. Y me parece lo central en esta cuestión. A saber: máximo respeto hacia el misterio de la vida, del nacimiento y de la muerte, comprensión de los mecanismos, los procesos, las fuerzas que están teniendo lugar en todo ello, pero por una parte, reconocimiento de que esto se afirma desde un sistema de creencias (aunque para algunos constituya una evidencia o una fe muy fuerte) que no es compartido por toda la sociedad, ni por muchos de los afectados, por tan-

to, que resulta inaceptable su imposición. Por otra parte, un reconocimiento también de la enorme trascendencia de la libertad personal, del libre albedrío, la libertad de decisión, en toda persona responsable. En definitiva, podemos compartir nuestra ética personal, podemos invitar a analizar las creencias que sostenemos —y que nos sostienen—, pero no podemos imponerlas en la ética mínima exigible a toda la ciudadanía.

Ni que decir tiene que la cuestión es compleja y que está llena de matices que aquí no vamos a desarrollar. No se trata de entrar ahora en el análisis de los supuestos que nos parecen aceptables para la interrupción voluntaria del embarazo ni en especificar los detalles de lo que la visión esotérica o clarividente aporta al conocimiento del proceso de gestación. Justamente una de las cuestiones que me parece que hay que tratar con cuidado es que incluso dentro de una visión espiritual-esotérica como la defendida en este libro, asistimos a posturas bastante distintas en cuanto a los detalles. Ya en lo que respecta al tipo de relación estrecha que se va estableciendo entre el embrión y el feto, como cuerpo en formación del alma que se unirá a él, y los futuros padres, se presta a distintas opiniones, visiones o relatos, todos ellos dentro de una presentación esotérica. Pero, donde encuentro que el problema se agudiza es cuando tratamos de sopesar la gravedad de la decisión y el acto de abortar en una concepción así.

Es aquí, por otra parte, donde a medida que iba leyendo la obra de Koldo Aldai notaba cierta resistencia

a suscribir el escenario dramático que se presentaba en algunas ocasiones. Como si la misma concepción esotérica pudiera presentarse sin cargar tanto las tintas en la culpa y el castigo, sino, antes al contrario, tal como Koldo presenta muy bien en ocasiones, enfatizando más bien la Ley del Amor, del Perdón y de la Compasión, también para aquellos que, probablemente en su inconsciencia y su egoísmo, es cierto, como en tantas de nuestras acciones, no han sabido reconocer la importancia de estos procesos dadores de vida, probablemente porque la cultura dominante les ha envuelto en una concepción materialista del ser humano y en una actitud hedonista, en la que las responsabilidades pesan más que las libertades y estamos prestos a desembarazarnos de las primeras, pero en ningún caso de las últimas.

Una resistencia más vi aparecer en mi lectura, ya casi al final. Qué duda cabe que la consideración de la sexualidad y nuestra actitud ante la misma tiene algo que ver con todo esto. Hoy, hablar de una “sexualidad sagrada” ya no suena solo a Iglesia católica, sino también a tantrismo o taoísmo o incluso a alquimia sexual. Y es una cuestión que a todos nos afecta, y ante la que hemos tenido que tomar postura, tanto teórica como práctica. He de decir que también en este caso he compartido la preocupación que muestra Koldo por un “uso correcto” de la sexualidad. Conozco bien -y he estado implicado en ellas, en algunas etapas de mi vida- las concepciones que conceden una gran importancia a la abstinencia sexual o a la transmutación de la energía sexual, sea individualmente o en pareja. Y concretamente, por centrarnos en el

punto que más desarrolla Koldo, tenemos la cuestión de la importancia de no “derrochar”, de no “desperdiciar” nuestro “elixir seminal” a través de la eyaculación. Todos sabemos que esto es una constante en buena parte de las religiones tradicionales y que parece que la sexología moderna ha arrojado esos “prejuicios” al cubo de la basura.

Sin embargo, con el renacer de una espiritualidad que se quiere apropiada para nuestros tiempos, y desde ciertos enfoques esotéricos, la cuestión de la sexualidad, en el sentido indicado, y fuera ya de tabúes religiosos tradicionales, vuelve a pasar a un primer plano. No soy quien para emitir un veredicto sobre cuestión tan importante y “esotérica”, pero del mismo modo que me cuesta admitir una ley del karma mecánicamente entendida, interpretada al modo castigador, y considerar una verdadera catástrofe moral los cientos de miles de abortos que al año tienen lugar en el planeta, también me cuesta admitir que un impulso tan fuerte y condicionante como es el sexual, tenga que ser contenido, reprimido o transmutado de una manera férrea y rígida, máxime si se pretende que sea así para todos o incluso para una mayoría, y no solo, en todo caso, como una opción minoritaria con un gran sentido en unos casos determinados, en unas etapas concretas, para unas personas con un determinado karma o un propósito muy particular. No lo sé y me cuesta ya aceptar presuntas certezas, que no sean las propias, en estos campos. Por eso, me cuesta compartir cualquier postura rígida y excesivamente dramatizadora, como considero que es la que ve como escándalo el derramamiento del semen, como si la abstinencia o la radical transmuta-

ción alquímica sexual fuese condición indispensable para la iluminación, o incluso para una adecuada evolución de los seres humanos, sin más matices. Puede que lo sea, pero yo no podría afirmarlo ni, por lo que múltiples experiencias parecen mostrar, me atrevo a suscribirlo como moral sexual general.

Me he extendido más de lo que pretendía. En realidad, trata de ser una invitación a la lectura de este libro, escrito con una fuerza poética envidiable, con un convencimiento argumentado en sus líneas generales, con una llamada a la sexualidad consciente y a la paternidad consciente, y en el cual se realiza una difícil tarea de divulgación de enseñanzas esotéricas a través de las cuales Koldo nos recuerda la posibilidad –para algunos la certeza- de que nuestra vida tenga un gran sentido, de que cada vida encarnada, incluso si abunda en ella el sufrimiento, sea una bendición, un aprendizaje del alma, que siempre, siempre, termina dando sus frutos.

Gracias, Koldo, por el esfuerzo realizado, por el fruto ofrecido. Sé que compartimos una visión del esoterismo, de la Vida, en definitiva, más amorosa y compasiva de lo que algunos textos seleccionados puedan hacer sospechar. En cualquier caso, has arrojado mucha luz sobre este tema y tu obra dará qué pensar y qué hacer. Que así sea.

Vicente Merlo. Doctor en Filosofía

INTRODUCCIÓN

Éste es sólo un esbozo, un libro inconcluso, por ello también un libro vivo. Disto de haberlo culminado. Aún germen, aún en gestación, como las criaturas que desea defender, surge a la luz, se pone a vuestra disposición.

¿A qué se debe, preguntará con razón el lector, este parto prematuro? Seguramente la pretensión de editar un libro dinámico que irá en el futuro orgánicamente creciendo y desarrollándose. Ojalá a esta edición le den continuidad otras más completas. Había también urgencia de volcar estas palabras, deuda antigua con la vida que ya no admitía prórroga.

Vamos al encuentro de los seres a los que en un momento determinado impedimos venir, vetamos su encarnación en la tierra. Teclear, pregonar la realidad oculta, la plena vida que impregna a un ser en su condición de embrión, puede verse también como una forma de saldar deudas. Este es un alegato a favor de cuanto palpita. No es un libro contra el aborto, simplemente porque no podemos ir en contra de nada, ni de nadie, pero es un argumento que por supuesto pretende disuadir a cualquier mujer, a cualquier pareja que se encuentre en la disyuntiva del aborto, de no realizarlo, salvo en riesgo para la vida de la madre.

Hay por lo tanto carga “militante” en el libro en el sentido respetuoso del término, libro con causa que se pretende grande y ancha. Persigo en las páginas que tienes a continuación, amigo lector, una causa que no pensé que abrazaría, por lo menos con este empeño. La vida da muchas vueltas y hay que ir con ella, vivir las situaciones y las circunstancias que nos depara con asombro, con agradecimiento.

Hoy corremos a los frentes a los que no pensamos en el pasado que acudiríamos, frentes de florida apuesta, nunca de combate. Ya agotamos los proyectiles en trincheras que no debíamos. La vida da muchas vueltas, pero ello no nos debiera sorprender, a la vista sobre todo de las grandes transformaciones que ella demanda en nosotros/as. Sí, hay que ir con la corriente de la vida y a donde nos empuja, por más que no entendamos el pretérito recorrido, por mucho que nos preguntemos si era preciso tanta vuelta, tanto error y desvarío para llegar hasta donde estamos.

Me llego hasta el teclado con la pena de haber restado a la Vida algo de lo que no soy totalmente consciente. Quiero intentar aportar a la Vida algo, por lo menos, de lo que le he privado. En la defensa de aquello en lo que creo, y deseo emplearme en este libro, mana la letra entusiasmada (En-Theos). De cualquier forma, no hay cruzada alguna, ni pretensión de convencer a nadie. Sólo avance por estas páginas quien lo desee. Cada quien es libre de revisar sus esquemas y paradigmas. Aquí sólo abrigó testimonio, anhelo de compartir. Felizmente estamos de vuelta ya de muchas batallas.

Reviso una y otra vez las palabras con la principal intención de no herir ninguna sensibilidad. Fatal error sería pretender colocar al otro/a donde nosotros nos encontramos con nuestra carga de arrepentimiento. Éste último únicamente sólo florecerá desde el “humus” propicio del alma. A lo sumo podemos plantear la observancia de unos hechos, para que después cada quien extraiga sus propias conclusiones. A ello me dispongo con los siguientes capítulos. He repasado una y otra vez el libro con la principal intención de aligerarlo de dureza. Nadie somos quien para cargar hierro en la mochila del otro/a.

Nadie lea en las líneas de a continuación un asomo de juicio. No es de Ley superior aventurarse a juzgar, por supuesto no lo busco en este libro. Desconocemos las circunstancias que se concitan para que un ser actúe de una forma u otra. Cada quien se reúne más pronto o tarde con la voz de una conciencia que siempre nos aguarda. Sólo somos los jueces de nuestro propio actuar, absolutamente de nadie más. A veces la línea que separa la observación del juicio es demasiado difusa. Espero, pese a ello, no haberla sobrepasado. Intento acercar los principios divinos al actuar humano; observar, no juzgar nuestro comportamiento a la luz de la Ley superior, no precisamente la ley de la tierra, sino la del Amor y la Solidaridad Universal, solidaridad llamada a desbordar este lado del velo, a sobrepasar ampliamente lo que nuestros insuficientes ojos de la carne son capaces de percibir.

Trato de sembrar los postulados de los Maestros e Iniciados en los que creo, pero el Viento es de Dios, la

cosecha también Suya. En mi cometido, escoger las más esmeradas palabras, los más finos y a la vez cuidados y vigorosos argumentos. Participamos de ese Plan Superior en la medida que nuestro ser se vuelca en su avance. Entonces es cuando los recuerdos llegan y las letras se ordenan y las ideas afluyen y la poesía florece. La inspiración sólo es si nos alineamos y consagramos con corazón puro a un superior ideal. De lo contrario podemos desvariar, de lo contrario literatura más o menos barata que emana del ego. Ya hicimos también de eso. Una sola vida da para demasiados errores.

Apelo al alma para que se manifieste en la punta de estos dedos que teclean con ilusión. Sólo desde la sinceridad personal podremos alcanzar la futura comunicación a la que este trabajo también aspira. Deseo enriquecer el breve libro con vuestras aportaciones, a partir de su resonancia en vuestro interior. ¿Cómo es el sentir de las mujeres, de las parejas que se han visto en esa tesitura, que pasaron por el trance de interrupción voluntaria del embarazo? Apenas hay literatura específica sobre el aborto desde una perspectiva de conciencia. Sólo dos títulos de Daniel Meurois Givaudan de los que extraeremos sustanciosos párrafos. De ahí quizás también la premura. Hay panfletos de uno y otro lado. Hay contundente argumentación de una Iglesia que clama contra el aborto. Por supuesto apreciamos esa defensa que viene desarrollando la comunidad católica, pero sentimos que hay que abordar el tema de bien distinta manera. Éste es un humilde intento. Primero desproveernos de juicios y prejuicios, de espíritu de batalla, segundo añadir la lógica,

el argumento que nos proporciona, no el dogma, sino la sabiduría divina a la cuál deseamos servir.

Pretendemos igualmente facilitar un texto breve y sencillo sobre los misterios de la vida y la llamada muerte dirigido a aquellas personas que se sienten interpeladas por éstas, las más apremiantes preguntas de la condición humana.

Para abordar el tema del aborto era indispensable adentrarnos en los misterios mayúsculos que todo ser humano ha de afrontar en algún momento de su encarnación, a saber: “¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? y ¿A dónde vamos?” En el libro abordamos, siquiera de forma resumida y somera estos interrogantes vitales. No podemos encarar seriamente la cuestión del aborto, sin tomar previamente conciencia del alma, de los diferentes cuerpos con los que se viste nuestro espíritu, de los diferentes mundos y dimensiones en los que, consciente o inconscientemente, habitamos y somos.

Volveríamos una y otra vez a la carne en el intento de desarrollar nuestras posibilidades divinas. Viviríamos existencias repetidas en cuerpos cada vez más perfectos. Dice la tradición oculta que esas posibilidades latentes se irían transformando en poderes dinámicos. Nadie se perdería en ese proceso cuasi-infinito. La entera humanidad, en su actual y futuras oleadas, alcanzará finalmente la meta de la perfección y de la unión con Dios. Es en este marco conceptual que nos proporciona la sagrada sabiduría que nos permitimos explorar en todo lo relativo al aborto.

Pueda servir por lo tanto el texto a la ancha comunidad de seres inquietos, de las almas sedientas, de las mentes flexibles. Será precisa alguna flexibilidad intelectual para asumir ciertos postulados que aquí se vierten. A esa comunidad de creciente número y conciencia nos debemos, al círculo más amplio de una humanidad que despierta a marchas forzadas. Lo que ayer era un percance, hoy consideramos que es un abuso, un craso error por el quizás hemos debido pasar para tomar plena conciencia de la ley de la solidaridad universal, para ganar en amor, en compasión, en conciencia sagrada de la vida una. A esa conciencia sirven estas letras.

No debemos mañana tener que volver sobre esta lección. Podamos servir a la Vida ya sin perjudicarla, en la plena conciencia, en la plena entrega. ¡El Cielo nos arroje su pura Luz! ¡El Cielo así lo quiera!

POST DATA:

Pido disculpas por la utilización del masculino genérico. No deseo aburrir al lector contemplando en denominaciones generales los dos sexos. Podamos considerar que vida tras vida alternamos el género, que además, una vez alcanzada la realización, llegados a la perfección al superar una suprema iniciación, abandonaremos también nuestra condición circunstancial de seres sexuados.

CAPÍTULO I

TRAS LA MIRADA DE ARRIBA

Puede que estén en marcha, que se estén templando y afinando, pero aún no nos han llegado ojos como los de Arriba. Aún no nos ha alcanzado la mirada ecuánime, neutra, pura, desnuda de todo interés personal, de toda connotación de tiempo, circunstancia, cultura... Aún no podemos observar el mundo como lo hacen los Grandes Seres, con absoluto desapego.

Ojalá esté llegando... Yo pido para que nos alcance esa mirada elevada, esa vista de águila. Pido para que podamos ver las cosas y el mundo con creciente claridad. Observar sin la miopía de la personalidad, sin las oscuras gafas del interés; contemplar sin juicio, ni prejuicio, para poder ver más ancho y luminoso, para poder hacer el mañana diferente y mejor. Una y otra vez deberemos pensar ante las continuas encrucijadas y disyuntivas que nos acerca la vida: ¿Cómo verán esto desde Arriba?, ¿cómo actuarían los Grandes Seres?, ¿cuál sería la observación del propio Jesús el Cristo?

Debe estar llegando la otra la mirada pura y de largo alcance, la que no busca nada para sí, la que está por enci-

ma de los colores y las ideologías..., pero aún habremos de contentarnos con nuestra mirada, en mayor o menor medida, cortoplacista y miope, que busca, pero aún no alcanza penetrar la bruma del espejismo. Valiéndome de esa mirada necesariamente insuficiente, he escrito este pequeño libro en estos dos últimos inviernos. Este año no ha habido largos viajes, ni narices rojas, ni feliz bulla de los pequeños en el Tercer mundo. Reuní leña seca, encendí un fuego y me puse a investigar y a teclear. “Muda canción de cuna” ya está en vuestras manos.

Cada quien invierte sus inviernos en lo que mejor puede. Por mi parte he querido comenzar a saldar deudas. No podía haber escrito sobre un tema más controvertido: el aborto. ¿Puede haber cuestión más polémica? Lejos de buscar nada de ésta, busco enriquecimiento por parte de los lectores/as, busco aportaciones, testimonios, experiencias... Tal como apuntábamos, apenas hay trabajos, que desde una perspectiva de nueva conciencia, traten de abordar el tema de la interrupción voluntaria del embarazo. Hay sí alegatos encendidos de uno y otro lado, pero nosotros/as tratamos de ir tras una mirada nueva, desapegada, a la vista de la ciencia divina y de la ética sin tiempo.

La confesión tiene también su inevitable aspecto catártico. No escondo cierto anhelo de comenzar a abonar deuda por el atropello del que también soy responsable. Vivimos en una sociedad habituada al reclamo y la reivindicación, pero recelosa de asumir responsabilidades. En el tiempo que echamos tantas responsabilidades

fuera, es preciso también observar las que obviamos y llevamos dentro. Un ser al igual que una colectividad sólo madurará en la medida en que vaya asumiendo crecientes responsabilidades. El libro es pues también una invitación a asumir la responsabilidad que contraemos con la Vida en general, una vez hemos concebido a un ser, una vez le hemos llamado para que abandone los mundos espirituales y encarne en la tierra.

Trato por lo tanto de encontrar argumento para que la madre, salvo en caso de riesgo de su propia vida, no tome dirección de esas clínicas donde acallarán la criatura que lleva dentro. Busco observar este tema como lo hacen desde Arriba, de ahí los textos, que sobre la cuestión, extraigo de los Grandes Maestros.

He compartido el borrador con amigos cercanos, uno de ellos con gran recorrido y responsabilidad. Nunca permitiría que le denominara maestro, pero para mí lo representa. “Es un poco rancio”, me ha confesado uno. Otro también me ha apuntado que puede contener un exceso moralizante. He dejado resonar en mí sus opiniones. No descarto que alberguen su importante cuota de razón. Yo no lo sé. Desconozco dónde está el punto medio, dónde se halla la ecuánime verdad. No sé si los argumentos que se vierten en el libro están debidamente actualizados. Por lo tanto sólo puedo con humildad poner sobre la mesa el tema, manifestarlo en la profundidad que encarna, sólo puedo intentar encender ese foco antiguo de la ciencia espiritual y aportar una errada experiencia personal. A ello me dispongo.

Ante las críticas ya recibidas antes de su nacimiento, me ha tentado olvidarme del tema y del libro. No sé la carga de acierto contenida en estas páginas, pero creo que para encontrar una mirada más afinada, será necesario el vapuleo que comporta dar el libro a la luz. Quiero decir que considero puede ser más positivo suscitar debate que esconder el original en un cajón. El debate cabal, civilizado, imbuido de anhelo de mutuo enriquecimiento, entiendo que puede ser más útil que “enterrar el escrito en la fértil tierra del silencio”. Fértil puede ser también el abono de la crítica de los lectores. En algún momento había que abrir el debate sobre tan complejo y delicado tema, con unos ojos que se pretenden nuevos.

“La palabra de los Maestros que viertes sobre el libro tiene cien años. La situación ahora es diferente...”, me dice otro amigo y yo medito sobre esa opinión. Me persiguen sus palabras, la razón que en ellas pueda morar. ¿En verdad, tanto habrán cambiado las cosas? Sobre las ruinas de una civilización absolutamente caducada, estamos erigiendo una nueva. Cuidaremos bien los ladrillos que escogamos. No nos sirven ni los valores cristalizados de un conservadurismo a menudo más que interesado, pero tampoco nos valen los postulados de una “progresía” perdida, sin referentes elevados, desnortada. Una nueva ética se está formando, no basada en el tiempo puntual, las circunstancias concretas, los intereses particulares, sino una ética universal, atemporal instalada exclusivamente en la Leyes Divinas, la de Solidaridad y el Amor Universal a la cabeza.